

conoció en ella, por permision de Dios, á la mujer que treinta años antes le prometiera auxiliarle en el trance mas apurado de su vida.

Entonces reconoció la bondad inagotable de la Madre de pecadores, é inclinando un poco la cabeza, puso en ella los ojos suplicantes y á la vez agradecidos, cual si le pidiera resignacion en la tremenda y cruel agonía que le asaltaba ya.

CAPITULO V.

El último suspiro.

La luz del sol iba oscureciéndose por grados. La naturaleza toda parecia participar de la agonía de su divino Hacedor; parecia compadecerse de Aquel que los hombres habian hecho el *Hombre de los dolores*.

Los malvados judíos continuaban desatándose en injurias contra el Redentor agonizante, y á muchos de ellos les pesaba que la agonía se precipitara tan ostensiblemente, porque sentian que dejara de padecer Jesús al que abominaban tanto.

Pero hemos dicho que no todos los hombres estaban contra Jesucristo, sino que aun le quedaban algunas almas fieles hasta la muerte. Estas almas desafiando las iras de una plebe inmunda, se aglomeraban al pié de la cruz, para dar con su compasion un pequeño alivio al Salvador, y

para fortalecerse las unas á las otras en la fe, por medio del mútuo ejemplo.

Estas almas piadosas eran unas mujeres, á las cuales se hallaba unido un jóven de veinte y cuatro años, pálido y místico como una flor marchita. Este jóven debia ser la encarnacion de toda la humanidad; este jóven debia ser el sosten y el apoyo de María en este mundo; este jóven tan adieto á Jesús, tan amante de su Madre santísima, y tan querido del Salvador y de la Virgen de los dolores, era el tierno, era el puro y virginal Juan el Evangelista.

La hora habia llegado para Jesucristo de hacer el testamento de amor. Los hombres le hacian morir en un afrentoso patíbulo, cargado de martirios y de tormentos, pero no por eso dejaba de amar á los hombres con el mismo ardor su divino corazon, y para demostrárselo, iba á dejarles por Madre á la Mujer purísima y afligida que le llevara en sus virginales entrañas.

Despues del corazon de Jesús, ¿qué otro corazon fuera el de María, podia amar tanto como se necesitaba á la estraviada humanidad? Los pobres corazones de los pecadores, enfriados por el pecado y por la abominacion, ¿dónde podian ir á buscar el fuego que les enardeciera en el amor divino, sino en el corazon de una Madre, que lo fuera de Jesús por la naturaleza y la gracia, y de los mortales por el dolor y por la mas indefinible y grande generosidad?

Cuando la Virgen afligida, en el acto de despedirse de su divino Hijo, le rogaba que permitiese no sobrevivirle, Jesucristo le contestó que sus destinos eran grandes en la tierra, y que los hombres necesitaban una Madre. María recordó en aquel momento la indicacion que la hiciera Cristo, y su purísimo corazon atribulado por las angustias, no pensaba mas que en sacrificarse por amor á los

mortales; por aquel amor que condujera á la muerte afrentosa y terrible al que era el Autor y la fuente de la vida.

El momento habia llegado.

Los corazones sagrados de Jesús y de María respondian á un mismo sentimiento; se hallaban animados por una misma idea; latian bajo los impulsos de un mismo amor. La vida iba escapándose de la naturaleza humana del Cristo, como se escapa una esencia de una redoma sin tapar, y no era cosa de morir sin dejar á los hombres lo que los mortales necesitaban tanto: una Madre.

El fervor con que María rogó á su Hijo por la conversion de Dimas, fue un motivo que remontó el alma de Cristo á sondear las profundidades del porvenir de una manera especial; fijó entonces dulcemente sus ojos oscurecidos en su bondadosa y tierna Madre, y viendo la constancia, la pureza, la grandeza y la sublimidad de María, vió que en ella los hombres tendrian una buena Madre, y consideró que ella le haria hermano de los hombres.

Entonces desplegó sus labios áridos y sin color. Tenia la boca y las fauces tan secas, que apenas podia articular una palabra, pero el amor le dió fuerzas, y con voz cansada y dificultosa, pero perfectamente clara, mirando á su Madre llorosa, que tenia en El fijos los ojos, dijo:

—Mujer, hé ahí á tu hijo.

Y señaló con la mirada á Juan, que cayendo de rodillas abrazóse á la cruz, y puso una mirada de ternura filial en la desolada Virgen María.

Juan lloraba inconsolable, las compañeras de la mas afligida de las madres lloraban tambien; Magdalena desfallecida sostenia en sus trémulos brazos á la Virgen santísima, y esta que habia entendido el significado profundo

de las palabras de Jesús, habíase puesto en pié, y mirando á Cristo, díjole con una mirada, porque no podia con la lengua, que recordaba su encargo amoroso, y que desde entonces tomaba posesion de su maternidad, adoptando por hijos á todos los hombres, simbolizados por la persona de Juan.

Este puso los labios en los piés ensangrentados del Redentor; bañólos con abundantes lágrimas; dióle infinitas gracias por la muestra de inapreciable confianza que acababa de merecerle, y luego presintiendo que Cristo iba á hablarle tambien, púsose en pié y aguardó.

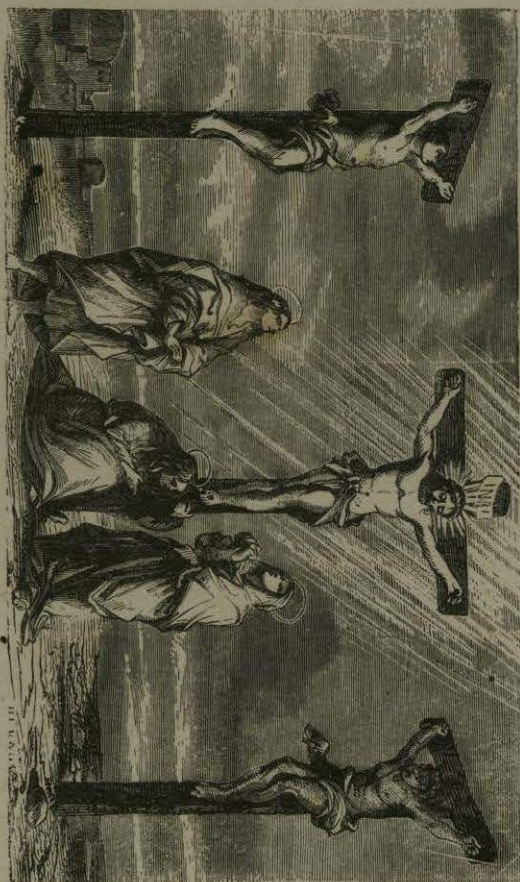
El Salvador divino estaba profundamente fatigado, y para completar el pensamiento que empezara á enunciar hablando á su triste Madre, hubo de descansar un buen rato. ¡Descansar hemos dicho! ¿Era posible que descansara clavado en la cruz el Redentor de los hombres? Perdónenme mis lectores, yo no sé con qué palabras espresarme, para referir los martirios y los tormentos de mi divino Maestro.

Por fin el Señor pudo reunir fuerzas para hablar de nuevo, y volviendo sus ojos á Juan, que se hallaba junto á la pobre é infortunada Madre, con voz mas difícil y desmayada, le dijo:

—¡Juan; hé ahí á tu Madre!...

Y exhalando un suspiro profundo y fatigado, puso los ojos divinos en el cielo, como para decirle que no dejaba huérfanos á los hombres, y que si iba á morir el Redentor, ya les dejaba una solícita y tierna corredentora; ya les dejaba una buena, una incomparable Madre.

María y Juan se abrazaron inmediatamente á la cruz, y al pié de la cruz se tendieron despues los virginales brazos.



— Mujer; ¡hé ahí tu hijo!

Dos exclamaciones resonaron en la cumbre del Gólgota ; exclamaciones bien distintas de las que hasta entonces se oyeran, porque eran dos gritos de amor.

—¡ Hijo mio !—esclamó María con voz débil, desmayada, pero profundamente tierna.

— ¡ Madre mia !... ¡ Pobre Madre mia ! — exclamó Juan con la voz embargada por el llanto, y apretando respetuosamente contra su pecho á la Madre de Dios.

Entonces las lágrimas de María y de Juan se confundieron , y fuéron á mezclarse con la sangre divina, de que el suelo se hallaba empapado al pié de la cruz.

—Juan ;—continuó la desconsolada Madre de Dios ;— tú serás mi hijo querido, y en tí ve mi corazon despedazado á todos los hombres, y en tí les abraza á todos mi corazon maternal. Verdad es que se halla desgarrado mi pobre pecho , pero las llagas que en él tengo, las ha abierto el amor maternal que siento por los hombres : Juan, ámame, hijo mio, y dí á los mortales que me amen si quiera por compasion. Una Madre que tanto ha padecido por ellos , ¿ no será acreedora á su amor y á su ternura ? Una Madre que hace el sacrificio de su Hijo Dios, para engendrarles en la gracia , ¿ no merecerá un poco de cariño?... Díles que me amen y yo les enseñaré á amar á su Redentor divino, que desde este momento es su Hermano.

Juan y las compañeras fieles de María sentian deshacerseles en lágrimas los corazones, impulsados por la ternura que destilaban las dulces y sentidas palabras de la afligida Vírgen.

Cuando el primero pudo hablar , le contestó :

—¡ Madre mia ! Ya sé que soy indigno de llamarme vuestro hijo, pero me esforzaré toda la vida en servirlos y agradaros. Es imposible que yo ocupe dignamente acerca

de vos el puesto de mi divino Redentor, pero hasta donde alcancen las pobres facultades de mi corazon , os amaré con ternura, y os serviré con fidelidad y amor. Si Dios se digna inspirarme , yo diré á los hombres , vuestros hijos como yo , quién sois vos, y lo que por su bien habeis hecho, y los hombres os amarán con ternura, y los pobres pecadores acudirán á vos , para que les guieis á los brazos del que para abrazarnos á todos , quiere tenerlos estendidos en el árbol sacrosanto de la cruz... ¡ Madre mia ! ¡ Madre mia ! Abrasad mi corazon en el amor divino, y haced que le enardezca siempre la santa llama de la caridad que anima el vuestro, que anima el inmenso corazon de mi divino Redentor.

Madre é hijo se acercaron entonces á la cruz ; pusieron un beso en ella como para sellar así el amor que les unia, y no dijeron una palabra mas.

Jesucristo les miraba tiernamente , y de vez en cuando ponía los ojos en el cielo , ora para ofrecerle los inagotables tormentos que le afligian , ora para poner á Dios y á los ángeles por testigos del amor que le animaba, ora tambien para pedir un consuelo al Altísimo su Padre.

Mientras tanto el cielo iba oscureciéndose mas y mas, y los hombres continuaban burlándose de los tormentos de su Salvador. Jesucristo preso de unas convulsiones nerviosas, se agitaba en la cruz, desgarrando las heridas de sus manos y de sus piés traspasados por los clavos, y entre la multitud de enemigos que le rodeaban no miraba mas que rostros huraños, miradas fieras, ademanes burlescos, y blasfemias espantosas, aterradoras, llegaban por doquier á sus oidos.

El Centurion Cornelio apartado á un lado de la montaña contemplaba aquella escena , y ora rugía de ira, ora escu-

pie en tierra y pisoteaba el suelo, cual si de aquella manera desfagara el desprecio y el asco que le causaba el pueblo judío, pero á pesar de todo, no podia impedir las demostraciones de regocijo que por los tormentos y muerte de Jesús daban sus enemigos.

De vez en cuando suspiraba, y á encontrarnos á su lado, hubiéramosle oido musitar entre dientes:

— ¡Pilatos! ¡Pilatos! ¿Qué es lo que has hecho? La sangre de este inocente caerá sobre tí, y ella destruirá en un momento el palacio de tu fortuna, y el edificio de tu prianza!... La iniquidad clama venganza, y el cielo se encarga de castigar severamente las injusticias de los hombres!... ¿Por qué razon, ¡desgraciado! te empeñaste en no oír la voz de la justicia, del amor y de la amistad? ¡Desgraciado! ¡desgraciado Pilatos! ¿Qué porvenir te espera?

Otras veces cambiaba de tono, y era cuando dirigia sus inculpaciones al maldito pueblo hebreo. Entonces decia:

— ¿Qué quedará en este pueblo sino ponzoñosas víboras? Una nacion que ofrece el repugnante espectáculo, que á mi pesar contemplo, merece contarse entre el número de las naciones? ¿Quién será el afortunado mortal destinado á aventar las cenizas de este pueblo infame, y á convertir en un árido desierto las campiñas de la Judea? ¡Oh! ¿por qué se dilata el dia en que el ejército romano se encargue de vengar todas las iniquidades que aquí se han cometido?... Cuando esos príncipes de Israel tan hinchados y tan miserables me presenten su mano maldita, he de escupirles á la cara, y despues volverles las espaldas. El último de los soldados romanos es cien veces preferible al primer magnate de Israel: el que estrecha la mano de un soldado no se deshonorra, el que siquiera por cumplido, aprieta la de un judío se degrada.

Mientras tanto la hora suprema se iba acercando, y los tormentos de Jesús iban tomando unas proporciones colosales. La naturaleza humana del Redentor estaba débil, desangrada, y los martirios que sufría se hallaban fuera de toda ponderacion; de consiguiente la muerte no podia hallarse distante.

Uno de los martirios mas crueles que padecian los que espiraban en la cruz era una abrasadora sed; sed que procedia del horroroso suplicio á que se les condenara, y que comunmente daba á los sentenciados unas convulsiones espantosas, y aumentaba en gran manera las proporciones y el número de sus dolores.

Estaba escrito que Jesucristo padecería tambien el tormento de la sed abrasadora que devoraba á los crucificados: ¿podia ahorrarse aquel martirio el que viniera á asumirlos todos en su persona sagrada, para que los hombres no se viesen en el caso de sufrir para siempre los inagotables tormentos del infierno?

Jesucristo padecia voluntariamente y por amor, y no quiso ahorrarse en la cruz el tomento de la sed, ni tampoco otro alguno de los que resultaban como consecuencia inevitable del género de muerte en que quiso exhalar su último y enamorado suspiro.

En su consecuencia abrasado por la sed inestinguible y ardiente que devoraba sus piadosas y divinas entrañas, y deseando cumplir una de las profecías que á él se referian, exclamó con voz doliente y apagada, que repercutió en el corazon de su triste Madre como un eco desolador y lastimero:

— ¡Tengo sed!...

— ¡Hijo mio!...—esclamó la desolada Madre, plegando las manos, y poniendo los ojos en su adorado Jesús:—
¡Pobre Hijo mio!...

Y los sollozos embargaron la voz en su garganta, en vista de que ella no podía aliviar el tormento del Salvador, ni apagar la sed abrasadora que debía devorarle las entrañas, cuando así espresaba su extrema necesidad. Una nube de lágrimas oscureció sus ojos maternales, y abrazada á la cruz, y sostenida por los brazos de Juan y de Magdalena, cayó en una especie de deliquio, causado por el profundo dolor é inesplicable tristeza de su alma incomparable.

En esta situación, Jesús para consolarla un poco, y para dárla nuevo aliento, se dignó tal vez revelarle la causa de la sed abrasadora que le devoraba, porque poco á poco la Virgen santísima fue adquiriendo la serenidad y la fuerza que parecían abandonarla.

¡Oh! ¡cuánto misterio se encerraba en la exclamación penosa del Salvador del mundo! ¡Qué tesoros de amor y de ternura sintetizaba aquella frase lastimera que acababa de pronunciar! No era solo la sed material lo que le obligaba á exclamarse, sino el amor que abrasaba su divino Corazón.

—¡Tengo sed!— significaba la frase divina;— pero mi sed es de tormentos, es de martirios, es de agonías! Tengo sed de sufrir más de lo que sufro y he sufrido, para que los pecadores se vean redimidos; para captarme el amor y las ternuras de los hombres, á los cuales he amado tanto! Tengo sed de amor: ¿por qué, ó mortal, no vienes á apagarla con tu amor? ¿Es posible que hombre alguno haya hecho por tí lo que ha hecho tu Dios?... Si es posible que haya tormentos más vivos y atroces de los que he sufrido y estoy sufriendo, dílo, porque tengo sed de sufrirlos; dílo, porque estoy sediento de padecer por tí, á fin de que tú no hayas de padecer; dílo, y me abrazaré á esos tormentos con el amor y el entusiasmo, con que por amor á tí me he

abrazado á los que me agobian... Estoy sediento de darte mayores pruebas de cariño, si es que esas pruebas existen: indícalas, pecador amado, y tu Dios las sufrirá contento, y tu Dios se considerará dichoso si te las puede dar... Aun es hora; aun no se ha apagado la lámpara de mi vida; aun el sacrificio no se halla consumado... tengo sed de sufrir por tí más de lo que he sufrido, pero también tengo de tu amor, de tu ternura, de tu fidelidad... Ámame como yo te he amado; apaga la sed que devora mi enamorado Corazón!...

Estas y otras muchas grandezas más comprendió María que significaba la exclamación angustiada del Redentor moribundo, por eso su corazón purísimo sintióse vivificado por la admiración y por el amor hacia su Hijo, hacia su Salvador, hacia su Dios; por eso serenóse desde luego, mientras que los infames judíos oyendo la exclamación de Jesús, hallaron en ella un nuevo medio para atormentar á la Víctima divina.

—¿Le oís?—preguntó Eleazar regocijado á sus malditos compañeros;—el pobrecito tiene sed, y yo voy á aplacársela.

—¡Ah! ¿Y cómo?—preguntáronle Ananías y Sadoc.

—¿Cómo? Es natural; dándole de beber.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

La hilaridad de sus compañeros dió mayores bríos y audacia al necio hijo de Anás, que á no dudarlo había nacido más para verdugo que para sacerdote.

—¿Dudais de mi buen corazón? Pues ya veréis cómo me ingenio yo para aplacar la sed de ese pobre Hijo de Dios.

Onkelos se había mezclado en el corro donde Eleazar hablaba, porque el fariseo se hallaba en todas partes donde se trataba de atormentar al divino Nazareno. Los com-

pañeros de Eleazar reían á grandes carcajadas, y Onkelos se quiso enterar de los motivos que promovían aquella risa satánica, á cuyo fin el lisongeador hijo de Anás le dijo:

—¡Nada! Esos se rien de la ocurrencia de mi buen corazón: he oído que el *pobre Hijo de Dios* decía que está sediento, y he pensado que sería una obra de caridad darle de beber.

—¿Pero cómo?—preguntó Onkelos.

—Es la cosa más fácil y sencilla del mundo. Ya lo veréis.

Y diciendo esto apartóse Eleazar del corro; cogió una rama de un matorral de hisopo, que crecía con las laderas, y hasta cerca de la cumbre del Calvario, y con aquella rama dirigióse al lugar donde los verdugos estaban limpiándose los brazos con una esponja, de las muchas manchas de sangre que en ellos tenían, á consecuencia de las tres crucifixiones.

Se extrañará tal vez que una rama de hisopo pudiera servir á Eleazar para el objeto que se proponía, pero esa extrañeza desaparecerá desde luego, si se observa que en Palestina crecían dos plantas conocidas bajo el nombre de hisopo; la una es la medicinal que conocemos también nosotros, y la otra de hojas sumamente amargas, y que crecían en forma de caña, y de la cual servíanse los hebreos para formar y cubrir sus tiendas en la solemnidad de la fiesta de los Tabernáculos. La rama de hisopo, pues, cogida por Eleazar, pertenecía á esta última especie. Con esta explicación no extrañarán ya nuestros lectores, que á favor de ella pretendiera el impío hijo de Anás aplacar la sed de Jesucristo.

Cuando el malvado sacerdote llegó al lugar donde los verdugos se limpiaban, les dijo:

—Prestadme esa esponja.

—¿Para qué?—respondieronle con fiereza.

—¿No habéis oído que el *Hijo de Dios* decía que la sed le abrasaba?

—Y á nosotros, ¿qué?

—Nada; es que queremos complacerle y darle de beber. Venga la esponja.

Eleazar con una audacia incalificable, puesto que no admitían bromas ni franquezas de parte de los judíos los soldados de Roma, quitó á uno de ellos la esponja empapada en sangre y agua súa, y continuó:

—¿No tenéis algo por ahí con que chupar la esponja?

—Ahí está el vino de mirra que las mujeres habían preparado para el Nazareno.

Y los soldados echaron á reír á mandíbula batiente, cual si lo que acababan de decir encerrara el secreto de una broma pesada como todas las suyas.

No alcanzaban á tanto las facultades intelectuales del necio Eleazar, y aun cuando era cosa tan fácil penetrar la intención que encerraba la respuesta de los verdugos, no logró conseguirlo el hijo de Anás, que por su parte les dijo:

—No quiero esa bebida; podéis apurarla vosotros, y beberla á la salud de las mujeres que la han preparado.

—Pues eso de beberla es lo que hemos hecho, pero no á la salud de las mujeres, sino á la nuestra.

—¡Magnífico pensamiento! El Nazareno no merecía tanta consideración ni tanto favor.

El vino de mirra era una composición entumecedora que se propinaba á los reos de muerte, para que no experimentarían tan intensos los dolores á que se les condenaba, y que necesariamente debían sentir. El vino de mirra, preparado por algunas mujeres de Jerusalén á instancia de

Berenice, como hemos visto, por un exceso de crueldad no se administró al Redentor del mundo antes de ser clavado en la cruz, cual se hacia con los demás criminales, por aborrecibles y detestables que fueran.

Eleazar dijo entonces:

—¡Qué! ¿No teneis *posca* por aquí?

—Sí.

—Pues dejadme empapar en ese maldito brevaje la esponja, para que pueda aplacar la sed del Hijo de Dios.

Los soldados de Roma dispuestos siempre á cualquier acto bárbaro y feroz, presentaron á Eleazar una redoma que contenia el ingrato brevaje, que el hijo de Anás calificara de *maldito*. ¡Tal debia ser!

Mientras los verdugos iban por la redoma de *posca*, Eleazar unia á la esponja algunas hojas de hisopo, que eran amarguísimas, para dar de este modo á la bebida que preparaba para el Salvador, un sabor mas ingrato aun, mas insufrible.

El *posca* era una composicion de vinagre, algunas otras sustancias ácidas y un poco de agua, y tenia un sabor que solo eran capaces de resistirlo los paladares de los soldados bárbaros de Roma, quienes no se valian de ello para bebida, sino para mojar un poco el pan, y de este modo hacerle algo mas sabroso.

Este brevaje ingrato, y mucho mas añadiéndole hiel y hojas del hisopo, fue lo que los verdugos presentaron á Eleazar, quien mojó en él la esponja, hasta que esta se vió saturada completamente. Entonces dirigióse como en triunfo y corriendo hácia sus compañeros.

Era de ver el aspecto grotesco que presentaba Eleazar, con sus vestiduras de sacerdote, su pedantesca y rústica gravedad, llevando en las manos una caña de hisopo, á

cuyo extremo superior sujetara la esponja, ni mas ni menos que pudiéralo hacer un niño de nueve años.

Onkelos, á pesar de la frenética y loca pasión que le dominaba, no pudo contener la carcajada, porque en efecto el cuadro que presentaba Eleazar era excesivamente grotesco: Anás y Caifás se sonrojaron visiblemente, porque Eleazar denigraba á sus parientes y á su clase.

Mas, este que no se paraba en barras, y que no tenia por hábito molestarse mucho pensando, exclamaba lleno de regocijo:

—¡Ya veréis como yo le aplaco la sed; ya lo veréis!... ¡Oh! qué idea ha sido la mia! ¡Qué idea!

Y al mismo tiempo precipitándose sobre la cruz, aplicó con fuerza la esponja á la boca entreabierta del divino Redentor, y revolviéndola y apretándola desapiadadamente entre los dientes y los labios del Salvador, llenóle la boca de aquel líquido ingrato, que tanto debia aumentar los tormentos que estaba padeciendo la divina humanidad de Cristo.

El Redentor de los hombres exhaló un suspiro profundo, y negóse á beber el ingrato brevaje que le presentaba el mal sacerdote, quien apretando fuerte y desapiadadamente la esponja, lo iba vertiendo en la boca sagrada.

—¿No decias poco ha que tenias sed?—preguntábale el malvado Eleazar;—pues bebe, Hijo de Dios, bebe: no podrás decir nunca que no tengamos para contigo todas las atenciones, que tu alta posicion y elevada categoría se merecen.

Jesucristo empero continuaba negándose á apurar aquella bebida ingrata, y Eleazar cansóse por último de atormentarle, y soltando la caña de hisopo, y tirando la esponja á los soldados, reunióse otra vez con los suyos lleno de complacencia, y mas hueco que un pavo.

Anás no osó reprenderle, los demás enemigos de Cristo aplaudían y celebraban la refinada crueldad de Eleazar, y este por fin se consideraba un hombre necesario, pues había llevado á cabo aquella infame acción, sin ser reprendido de nadie, viéndose aplaudido de todos, y observando que algunos envidiaban su infernal ocurrencia.

—¿Qué os parece;—preguntó á Onkelos:—he dado ó no de beber al Nazareno?

—Efectivamente, Eleazar, habeis tenido una feliz ocurrencia. ¿Y qué es lo que le habeis dado, que él se resistía á beberlo, á pesar de la sed que le devoraba?

—Poca cosa. Ese maldito brevaje, que los legionarios llaman *posca*, y que es capaz de provocar á náuseas otro estómago que no sea el de un pretoriano. Yo por mi parte he tratado de hacerlo mas sabroso, añadiéndole algunas hojas de hisopo, que como todos sabeis tiene un sabor amarguísimo, insufrible.

—¡Oh! ¡Y qué magnífica bebida le habeis dispuesto, Eleazar!—exclamó Sadoc, que como sabemos era un apéndice del hijo de Anás.

—¡Y qué visajes eran los suyos, cuando vos, amigo mio, apretando la esponja, vertiais en su boca entreabierto el maldito licor!—dijo á su vez Helquías, á quien tan lleno de rencor hemos contemplado, pero tambien tan lleno de miedo, cuando se tramaba la conjuración, y cuando se instruía la causa contra Jesucristo.

Y así con expresiones por el estilo, celebraban los más serviles la maldita hazaña del necio Eleazar, mientras este, que recibía aquellos elogios infernales con una complacencia sin límites, creyéndose todo un hombre importante, sonreía ligeramente, porque no se atrevía á hacerlo de una manera mas pronunciada, por suponer que otra cosa

era contraria á su carácter y á la importancia que se figuraba tener.

Mientras tanto las tinieblas iban creciendo, iban haciéndose mas densas y espesas, y parecía que toda la naturaleza se desconcertaba, y que el universo se hallaba amenazado de tornar al primitivo caos.

En la apariencia el equilibrio universal se había perdido; el firmamento amenazaba desgajarse de sus ejes, las estrellas parecían impulsadas por un vértigo, y rodaban por el anchuroso espacio de los cielos, como si fueran pequeñas gotas de sangre, que salpicaban la negra oscuridad del firmamento. Misteriosas sombras se precipitaban sobre la luz, formando una especie de pavorosos fantasmas, y aquí y allí se oían lamentos y ayes que cruzaban de Oriente á Occidente, y que el eco del Occidente los hacía repercutir en los senos insondables del Oriente.

Los martirios del Señor iban haciéndose mas sensibles, porque su estenuada naturaleza iba perdiendo el vigor: las convulsiones que le agitaban eran mas repetidas, mas fuertes, mas dolorosas, y las fatigas y penas de su Corazón divino eran mayores, mas punzantes, mas intensas, mas desgarradoras.

En medio de su dolor extremo; en medio de su agonía espantosa, Jesús no podía apartar la consideración de los pecadores que despreciarían tanta sangre y tantos martirios; de los pecadores que despues de haber muerto el Hijo de Dios para redimirlos y salvarlos, despreciarían la muerte divina, continuarían pecando, y despues de muertos irían á espiar sus culpas en el lugar de la eterna perdición y del horror eterno. ¡Ah! sobre esta tristísima consideración para Jesús, se añadía otra que aumentaba su dolor extremo, y que hacía mas crueles las angustias de su ago-

nía penosísima; este dolor lo producía la consideración de que sobre los desgraciados que se perdieran, caería como un peso infinito aquella sangre divina, vertida con tanto amor para redimirlos, y despreciada con tanta ingratitud por aquellos para quienes había sido vertida.

Esta tristísima consideración necesariamente debía oprimir de un modo indecible el amoroso corazón de Dios en su agonía, y aumentar sus angustias, sus dolores, sus trabajos y su aflicción horrenda. ¡Oh! ¿quién es capaz de curar la llaga que la ingratitud abría en el Corazón del Salvador? Considerábase abandonado por los pecadores, después de haber hecho tanto por ellos; Jesucristo hubiera querido verlos á todos al pié de la cruz, fieles á su causa, y enamorados de su amor y atraídos por su ternura, pero Jesucristo veía un número relativamente escaso; consideraba que eran muchos los llamados, y veía que eran pocos los que por su fidelidad debían merecer ser elegidos; moría para salvarnos á todos, para llamarnos á todos á su corazón divino, y veía que muchos le abandonaban, veía que pocos atendían á su amoroso llamamiento, y que muchos despreciaban su infinito sacrificio!

Estas consideraciones amarguísimas, cada vez más profundas, cada vez más intensas, cada vez más dolorosas, iban llevando su penosísima agonía á un extremo amargo y desolador. Por otra parte aquel era en especial, el momento de la expiación, y la Justicia divina oprimía severamente al que para aplacarla descendiera á la tierra; al que se hizo hombre para dar satisfacción á Dios de los pecados de los hombres y de las iniquidades de todas las generaciones.

En aquel trance angustioso, en aquel momento solemne, Jesucristo no podía esperar compasión ni piedad de su Pa-

dre Eterno, porque estaba sufriendo para desagraviarle; ni de su propio corazón, porque el amor le impulsara á sufrir lo que sufría, y era en Él cien veces más fuerte el amor que le obligaba, que los indescriptibles sufrimientos morales y materiales que atormentaban su alma y su cuerpo divinos. El divino Salvador debía padecer solo; solo debía espiar las iniquidades de todos; solo debía desarmar á la Justicia divina, atrayendo sobre sí los tormentos y las agonías más imponderables. El Altísimo castigaba en Jesucristo lo que á no ser así hubiera habido de castigar eternamente en todos; el Altísimo tomaba satisfacción en Jesucristo de lo que nosotros no podíamos dársela; el Altísimo consentía en la reparación de la humanidad entera, descargando sobre su Hijo las iras que merecían todos los pecados.

Si en el tremendo desamparo de Jesucristo, el Eterno Justiciero se hubiera compadecido de los tormentos y del amargo abandono del Verbo, hubiera hecho una ofensa al amor que devoraba el enardecido Corazón del Redentor. Acaso antes de nacer no conocía perfectamente que había de venir sobre Él aquella tremenda hora de angustia y desolación indescriptibles? ¿No abrazó con entusiasmo este tormento inaudito, cual abrazara todos los demás, á trueque de poder redimir á las humanas criaturas, á las que amaba de un modo tan entrañable? El amor impulsaba el corazón de Jesús á sufrir, por esto si el Padre celestial hubiera tenido piedad del desamparo amargo en que su divino Hijo se encontraba, hubiera ofendido el amor que abrazaba las ternísimas entrañas del Hijo de María.

Por eso mismo también, quiso Jesucristo probar en toda su horrible desnudez el desconsolador desamparo en que se hallaba; verdad es que la naturaleza humana sentíase

oprimida por él, pero el corazón divino le impulsaba á sufrir, y llamaba á sí todos los martirios que atormentan el alma y que destrozan el cuerpo. No habia tomado carne humana para ofrecerla en sacrificio de expiación á Dios? ¿Cómo podia perdonarse á sí mismo, si el amor le impulsaba al sacrificio?

Las agonías de Jesús eran voluntarias, así como voluntarios eran los martirios que le atormentaban y habian atormentado, y si la divina humanidad sentia todos aquellos tormentos, todas aquellas agonías, y las sentia con mayor intensidad que otro ser cualquiera, era porque para dichos tormentos y agonías estaba destinada; era porque habia nacido para sufrir, y morir sufriendo. La naturaleza humana de Cristo podia suspirar y gemir; podia quejarse en cierta manera, pero el amor inmenso, infinito, que la alentaba, hallábase bien léjos de rechazar los tormentos, sino que los abrazaba y los llamaba á sí con tierna, con amorosa efusion. Sufria mucho, es verdad, pero amaba mas aquellos sufrimientos y el abandono en que se hallaba, que á su santísima Madre, puesto que para morir en un patíbulo y abandonado quiso nacer de ella.

Las tristísimas consideraciones que apesaban el alma de Jesús espirante; los agudísimos tormentos que experimentaba su divina humanidad; las agonías, los dolores y todo el sin fin de amarguras que le afligian todas á un tiempo y todas sin piedad; la terrible y severa Justicia de Dios que pesaba sobre él de un modo inexorable, todo esto junto y otras muchas cosas mas, apenaron á Jesucristo, se ensañaron en su humanidad santísima y en su corazón y espíritu adorables por espacio de tres horas.

¡Ah! no es extraño que contemplando el cielo implacable, y mirando la fiereza de los hombres y la mayor fiereza

del pecado, exclamara á eso de las tres de la tarde, poniendo una mirada desolada y suplicante en el cielo:

—*Eloï, Eloï; lamma sabachthani?*

Jesucristo para expresar su inmensa angustia, y el tristísimo estado de su alma acongojada, reunió todas las fuerzas vitales que le quedaban, y prefiriendo aquellas misteriosas palabras, dió un grito tan penetrante y desgarrador como su situación angustiosa.

Aquella exclamación tristísima significaba:

—¡Padre mio, Padre mio! ¡Por qué me has abandonado?

¿Por qué causa la profirió Jesucristo en una lengua extranjera? No lo sabemos, mas como ella se dirigia á Dios y no á los hombres, no sin gran misterio dió el Señor aquella exclamación tristísima, en una lengua que no era comprendida de todos.

Las frases de la exclamación con que expresaba el divino Salvador su desamparo, son las mismas con que el real profeta empezó el inspirado Salmo XXI. Quiso Jesucristo antes de morir recitar dicha composición profética, que tan perfectamente describe los episodios que se representaban en la cumbre del Calvario? ¿Quiso únicamente demostrar la profunda tristeza de su alma, y probar con ella á las generaciones presentes y futuras que no eran un simulacro sus martirios, sino una verdad desgarradora? Fácil es que fuesen ambos objetos los que obligaron á Jesús á exclamarse así; fácil es que de aquella manera quisiera decir á los israelitas sus enemigos, que todas las profecías se hallaban cumplidas, para cuyo fin les recordaba el indicado Salmo XXI.

Pero los judíos estaban ciegos, y en vez de tomar pié de las palabras del Salvador para arrepentirse; en vez de con-

sultar el aludido salmo de David y compulsarlo con todo lo que pasaba en la cumbre del Gólgota, aprovecharon el grito de Jesucristo, para renovar las burlas, las mofas y los sangrientos sarcasmos, que le habian incesantemente dirigido por espacio de tres horas.

Onkelos, el despreciable y maldito Onkelos, que hacia gala de su sabiduría, y que pasaba por uno de los mas instruidos rabinos; Onkelos que debia saber en qué lengua habia pronunciado Jesucristo aquella lastimera frase; Onkelos á quien no se podia perdonar la ignorancia que afectaba en aquel momento, fue el primero que hizo burla de las afligidísimas palabras del Señor moribundo.

Y apenas húbolas oido, cuando dándoles un giro completamente diverso del que tenian, y deseando inducir el pueblo á mofarse de Cristo, exclamó:

—¿Habeis oido? El Nazareno viendo que el Dios su padre no viene en su ayuda, llama á Elías, para que le socorra en el apurado trance en que se encuentra.

—¡Bonito está el Nazareno para que Elías venga á auxiliarse!—dijo Alejandro, que rebosaba de satisfaccion y júbilo, contemplándose vengado de la escena que su ligereza le hizo protagonista en Betania.

—Verémos si viene Elías, porque entonces ya empezaria á ser algo seria la cuestion, y mereceria que la estudiáramos de nuevo, para saber si debes morir en esa cruz, ó si debemos adorarte como Hijo de Dios!—dijo Eleazar gritando y dirigiendo sus palabras soeces al Señor de los cielos y de la tierra.

Por su parte Anás afectando un aire de soberana y ridícula pedantería, dijo:

—Esperemos, pues, y veamos si Elías viene á socorrerle.

—¡Elías habeis dicho!... ¡Je! ¡je! A buen seguro que desde el seno de Abraham está pidiendo á Jehová, que mande al pueblo escogido las misericordias eternas, puesto que ha tenido el valor y la suficiente energía para hacer sufrir el suplicio de la cruz, al impostor mas peligroso que ha visto nunca el pueblo de Judá.

Eleazar decia esto con aquella gravedad con que antes hablara su padre, y á buen seguro que pensaba por ello haber merecido ocupar por segunda vez la silla pontifical suprema.

Achazías acercóse entonces á la cruz, y como era creencia comun en Israel que Elías asistia á los judíos cuando le invocaban en su auxilio en sus necesidades extremas, con desenfadada rabia gritó:

—No tienes que implorar el auxilio del gran profeta, miserable Nazareno, porque si Elías asiste á los buenos en sus necesidades, no puede de ningun modo oír tu voz.

Jesucristo miraba tierna y dolorosamente al cielo, y las befas y los insultos que recibia de los hombres, ofrecialos junto con sus tormentos en sacrificio de expiacion por los pecados del mundo.

Mientras tanto la hora suprema se acercaba, y las convulsiones eran menos violentas en Cristo, porque la vida empezaba á retirarse de sus estremidades. La sangre no brotaba ya de sus heridas, porque se hallaba agotada en sus venas divinas, y su rostro pálido, y sus ojos hundidos, y su nariz afilada, y sus labios sin color, y su respiracion dificultosa y á intervalos, indicaba que la hora de su muerte iba aproximándose con gran rapidez.

Apenas le quedaba á la divina cabeza un poco de fuerza para levantarse, y luego volvía á caer dando una gran sacudida, que renovaba los dolores que le produjeran las es-

pinas de la corona; apenas sus ojos podían moverse dentro de la órbita, para fijarse un momento en la patria celestial, y enviar allí una plegaria con una mirada moribunda.

La muerte invadía de lleno la naturaleza humana del autor de la vida, y el momento solemne de la redención iba á sonar ya en el reloj de la eternidad. La Justicia divina recibía plena satisfacción por los pecados de los hombres, y las puertas del cielo se abrían para los mortales de todos los tiempos, al impulso generoso del último suspiro que Jesús debía exhalar.

La luz del sol iba oscureciéndose por grados, y la tierra se hallaba poco menos que en tinieblas: en aquel momento apareció la luna entre las oscuras y fantásticas sombras de Oriente, y su inmenso globo en vez de despedir una luz triste y melancólica, pero apacible, tenía un color rojo como si fuera de sangre, color que contrastaba notablemente con la oscuridad del firmamento, y la luz pálida y triste del astro del día.

Estraño movimiento se notaba en el cielo: á otros menos obcecados que los israelitas hubieranles infundido terror é indefinible espanto. ¿Amenazaba el caos? ¿Iban á ser destruidas todas las cosas? ¿Iba á tornar la tierra á su primitivo no ser? No. El Redentor de la humanidad se hallaba agonizante; el pecado iba á ser vencido; el infierno debía verse encadenado para siempre; la muerte iba á sucumbir, y á dejar su plaza á la vida eterna, á la vida de la gracia; su aguijón se clavaba en el Salvador del mundo, para quedar eternamente embotado, para quedar para siempre inservible.

Y en el desacordado desconcierto de la naturaleza; y en aquel terrorífico y espantoso cuadro, que ofrecía la creación

consternada y llorosa, el Redentor divino sintió que las últimas convulsiones de la agonía agitaban ya sus desoladas entrañas: tendió una mirada sobre todas las profecías, y vió que se hallaban exactamente cumplidas; puso los ojos en el sacrificio que ofrecía á su Padre celestial, y vió que iba á consumarse; miró con ternura á la humanidad, y vió que se hallaba ya satisfecha la justicia de Dios.

—Ahora los hombres amados,—dijo para sí;—podrán ya entrar libremente en el cielo; la felicidad y la gloria eternas no faltarán al que quiera poseerlas; ahora ya puedo morir. El sacrificio del amor se halla consumado; Dios ha hecho por los mortales todo lo que podía; todo lo que su amor infinito inspiraba á su infinita omnipotencia... El Altísimo se da ya por satisfecho; he vencido al pecado, he desarmado la Justicia divina, he complacido á Dios, y Este ya no me exige mas, pero si tú, humanidad querida, quieres exigirme algún nuevo testimonio del amor con que te ama mi corazón enamorado, dílo, aun es hora; aun me queda un soplo de vida, aun la muerte no ha logrado apagar las palpitations de mi corazón; dílo, y la prueba que me exijas te la daré generoso, y yo en mitad de mis angustias asoladoras y atroces, moriré contento y satisfecho con la seguridad de haber desarmado á la Justicia divina, y de haber satisfecho todas las pruebas que los hombres me hayan exigido, para demostrarles la intensidad y la ternura de mi amor.

Pero Jesucristo vió que era cosa imposible hasta al mismo Dios dar mas pruebas de su amor á los hombres, y satisfacer todas las exigencias de estos, si ellos debían permanecer en el uso de su libertad; por eso dió por sí mismo á la muerte todo el poder sobre su divina Persona, poder que hasta aquel momento no habia tenido por com-

pleto; por eso sabiendo que iba á espirar, quiso despedirse con una ternísima mirada de su santa y afligida Madre, y de las mujeres que inconsolables lloraban al pié de la cruz, en compañía del tierno y afligido Juan.

La mirada de Jesús era triste y dulce; era una mirada de esas que bastan por sí solas á derretir en lágrimas el corazón mas empedernido y duro; era una mirada de despedida como solo Dios podía producir...

La afligida Madre y las compañeras de su dolor entendieron perfectamente lo que el Señor con ella les decia, y exhalando todas á la vez un grito débil y de una tristeza profunda como la mar, cayeron de rodillas al pié de la cruz, anonadadas por la grandeza de su aflicción, y deshecha en llanto el alma.

María, la tristísima María abrazada al árbol santo de nuestra redención, y exhalando profundos gemidos, hallábase blandamente sostenida por los brazos de la fiel Magdalena, y tenia la mirada llena de desolación en el rostro de su divino Hijo, que seguía mirándola y haciéndola no sé qué santas y sublimes revelaciones. ¡Ah! ¡aquellas dos miradas de dolor, de angustia y de amor, cuantas cosas decían que los ángeles no sabrán expresar jamás! Con la de Jesús recibía su santísima Madre el aliento que le faltaba para no morir de dolor; con la de María recibía el Mártir divino el único consuelo que era posible recibiera en aquella circunstancia.

—¡Hijo mio!—decía la de la Madre;—hème aquí fiel; mira en mis ojos las lágrimas que ayer me decías te consolarían en tu tremenda agonía, pero mira mi corazón desgarrado, y en él hallarás la expresión mas acabada de la compasión que me inspiras, de la fidelidad con que te pertenezco, del dolor que destroza las entrañas de tu Madre en

vista de la agonía tremenda... Yo sé que he de vivir, pero no tengo fuerzas para hacerlo si tú no me las dispensas generoso; alienta la lámpara de mi vida que se apaga, porque si no el sople de la angustia la acabará en un momento!

La mirada del Hijo decia al corazón de la Madre:

—¡Madre mia, adios! La vida que he tomado en vuestras purísimas entrañas, la tomé para ofrecerla en el sacrificio que veis: el amor me la dió, el mismo amor la sacrifica; vos que fuisteis testigo del amor con que me encarné, seréis también testigo del amor con que muero; vos que habeis vivido una vida íntima conmigo, decid á los hombres vuestros hijos, que nunca dejé de amarlos, que siempre fueron ellos mi constante pensamiento, y que pensaba en ellos al nacer, como suyo será el último pensamiento de la vida que se acaba en mí... Vivid; vuestro Hijo espirante os lo ruega; vivid para continuar mi obra en la tierra, vivid para amar á los hombres; vivid para atraerlos con vuestra dulzura á mi enamorado regazo; vivid para destruir con vuestra vida todas las objeciones que se opongan á mi naturaleza pasible y mortal... Vivid, en una palabra, para dar un nuevo testimonio de vuestro amor á vuestro Hijo adorado. Ó Madre mia; yo muero, pero para vos viviré siempre; en vuestro corazón me hallaréis y allí podréis departir y comunicar conmigo, porque vuestro corazón purísimo será el trono de Jesús triunfante, como han sido el trono de Jesús Redentor vuestras entrañas inmaculadas... El Hijo que muere de amor, os saluda antes de espirar, como os saludará lleno de regocijo, cuando haya llegado el momento en que vos espireis de amor por vuestro Hijo... Acordaos, Madre mia, de mis discípulos; acordaos de mis apóstoles, acordaos de los hombres, que en esta ho-

ra de angustia suprema para vos y para mí habeis adoptado : son vuestros hijos , son mis hermanos , son las prendas que tiepen llagado de amor mi corazon ; no los olvidéis nunca , Madre mia , y acercadlos á mí , y guiadlos á mi pecho , sediento de hacerles dichosos... ¡ Adios ya ! vuestro tristísimo Hijo os envia su último mortal saludo , y con él toda la ternura , todo el cariño de su agobiado corazon .

Despues puso Jesucristo su mirada en el cielo . Una convulsion precursora de la muerte agitó débilmente sus miembros entumecidos , y sabiendo que era aquel el anuncio de su muerte , levantando la voz , y con acento desgarrador y tristísimo , exclamó :

— Padre mio , en tus manos encomiendo mi espíritu .

La convulsion se repitió con algo mas de fuerza ; el cuerpo divino se agitaba en la cruz , y las últimas gotas de sangre que habia en sus venas , se derramaban por la destrozada humanidad del Salvador .

No era justo que de aquella sangre preciosísima quedara una gota en las venas del Salvador , pues habia sido tomada para verterse toda en beneficio de los hombres . El sacrificio debia ser completo ; la generosidad de Dios lo exigia así , así lo exigia el amor que animaba el divino corazon .

Las palabras con que encomendara el Redentor su espíritu generoso á la bondad del Eterno , estaban tomadas del salmo XXX del real antecesor de Jesucristo y gran profeta del pueblo de Dios ; de aquel salmo que tantos misterios encierra , y que tanto habla de la pasion del Salvador . Aquellas palabras significaban :

— Padre mio ; mi mision está terminada ; las profecías están cumplidas , y los hombres redimidos , por eso encomiendo á vuestra bondad mi espíritu , puesto que la obra del amor se halla completada .

La Virgen santísima y el cándido Juan continuaron con abundantes lágrimas el versículo del salmo que Jesucristo dejara incompleto , porque pertenecia á las criaturas terminarle .

Y con un grito incalificable , en el que se mezclaban á una el dolor , el amor y sobre todo la gratitud , dijeron poniendo los ojos en el espirante Jesús :

— ¡ Me redimiste , Señor y Dios verdadero !

Jesucristo oidas estas exclamaciones de los dos seres que amaba mas en la tierra , puso en ellos una mirada de ternura . Era la última que les enviaban sus ojos mortales . Aquella mirada divina , tristísima , angustiadísima , repetía todo lo que de mas tierno les dijera en vida .

Despues puso los ojos ya sin luz en el cielo , como buscando á su Padre santísimo , á través de las espesas tinieblas que ocupaban el anchuroso firmamento . La postrera convulsion agitó fuertemente el divino cuerpo sacudiéndolo contra la cruz por algunos segundos : la muerte habia soplado sobre su corazon divino , y los latidos iban á cesar . En fuerza de aquella convulsion levantó el Señor la cabeza , y con voz estentórea y desgarrada , dijo :

— ¡ El sacrificio de mi amor se ha consumado !

Y pronunciadas estas palabras , cayóle bruscamente la cabeza sobre el pecho , y dando un grito penetrante , lastimero , grito que repercutió milagrosamente por toda la montaña , exhaló el espíritu .

El Redentor del mundo habia terminado su obra ; el infierno se hallaba encadenado en sus lúgubres mazmorras ; el pecado estaba vencido y los hombres redimidos para siempre , porque la Justicia divina aceptara el sacrificio del Verbo eterno , y este sacrificio acababa de desarmarla . Los hombres no tenian méritos para salvarse , pero la sangre

de Jesús se los prestaba ; los hombres no tenían alas para remontarse á la gloria infinita, pero el amor de Jesucristo se las daba ; los hombres no tenían fuerzas para romper la ominosa cadena del pecado, pero el Hijo de Dios acababa de romper esas cadenas ; los hombres no podían cerrar las puertas del infierno, pero el último soplo de la vida espirante del Redentor acababa de cerrarlas.

Las santas mujeres supieron que Jesús había espirado, por el grito que saliera de las entrañas de María, y todas ocultaron sus rostros con las manos, y en abundantes lágrimas espesaron su dolor, y el quebranto de sus almas.

CAPITULO VI.

Conflagracion universal.

El último suspiro de Jesús fue como una señal dada á la naturaleza toda entera. Parecia como que los elementos dolidos de servir al hombre ingrato, querian desgarrarse por sí mismos, y desaparecer, ya que no les era posible volver sus violentas iras contra la raza de los deicidas.

El cielo de improviso aparece vestido de negro, y muere la escasa luz que hasta entonces había alumbrado por espacio de tres horas la naturaleza consternada.

Por toda la redondez de la tierra se extienden unas sombras densas, palpables, espantosas, y allá en el horizonte aparecen horribles fantasmás dando gritos desgarradores

y pavorosos, y allá en la inmensidad del firmamento se ven dos globos inmensos, sin brillo, sin luz, y teñidos de rojo, como si reventaran en sangre.

El pavor se extiende por doquiera ; hombres, animales y criaturas insensibles pensando que ha llegado el fin de los tiempos, y poseídos de un espanto indecible, los unos exhalan lamentos y ayes, los otros en gritos terroríficos espresan su conmocion, y crujen los últimos, y todo se estremece.

A parte de estos gritos y gemidos un silencio sepulcral domina por doquier.

Parece que la naturaleza toda ha entrado en el seno del sepulcro, y que allí entre pavorosas sombras y silencio pavoroso, espera que la inaccion la descomponga y la destruya.

Pero aquel silencio, interrumpido de vez en cuando por los ayes que se perciben en el cielo, y por los alaridos que salen de la tierra, se interrumpe.

De improviso una voz mas terrible que la del trueno sacude los espacios del firmamento, y hace chocar sombras con sombras, cáos con cáos, tinieblas con tinieblas.

El mundo espantado calla. No tiene valor para publicar su miedo por medio de lamentos, y hasta la pavorosa apaga los suspiros en sus labios trémulos y descoloridos.

Aquella voz parecida al trueno desencadena los elementos, y precipita los huracanes y las sombras del Septentrion contra las del Mediodía ; las de un punto de la tierra contra las del que le está opuesto.

Brama el huracan ; descende el viento impetuoso desde las alturas del cielo, choca contra la tierra y contra otros huracanes, arrasa los bosques cuyos centenarios árboles crujen, y cuyas robustas ramas no saben á qué viento obedecer, y hace rodar las rocas mas enormes desde la cumbre de las altísimas montañas, al fondo de los tenebrosos y profundos abismos.